

Transgresiones de la sensibilidad

La invitaba a deleitarse con la contemplación



de tal o cual ortóptero; goce que Recareda solía rehusar con aspavientos exagerados y protestas bastante más ásperas de lo que estaría correspondiendo en puridad a una fórmula de las de toda la vida, a cualquiera de la infinidad de criadas que habrían hecho por qué no un papel buenísimo pero Georgina — tan pagada de sí misma y tan soberbia — rechazó bajo pretextos tan inconsistentes como que cuando papá dijese "ortóptero" no iban a saber ellas adonde exactamente



tenían que mirar o que, en caso de acertar ya que entre las candidatas había algunas que habían sacado sobresaliente en ciencias naturales, se pusieran completamente histéricas y a pegar saltos y proferir gritos.

Pero temerosa esta vez, supuse — aunque esto quizá no lo sepan las Carvajal — de que volviera el portavoz del grupo a tergiversar sus palabras sin quererlo, **no dijo tanto** sino que después de lo de las pastillas de siempre se calló, como siempre, porque papá tenía razón — dijo, y que esto era nada más el principio — y no convenía quemarse y sí hacer acopio de energía para ir cubriendo las etapas que el propio camino fuese deparando; así que **se quedó ahí sentada esperando** a que Atalanta, en la fila de atrás y distraída en contarse chismorreos picantes con su amiga Felicia, se enfadara y dijese aquello de la mocosa cursi que se negaba a decir culo.